

PASTORAL

QUE EL ILUSTRISIMO SEÑOR

DOR. D. MANUEL IGNACIO GON-

ZALEZ DEL CAMPILLO

DIGNISIMO OBISPO

DE LA PUEBLA DE LOS ANGELES

DIRIGE A SUS DIOCESANOS.

BX874
.G659
P3
1810
c.1



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

FONDO EMERITICO
Y TALLER
47844974



BX874

.G659

P3

1810

c.1

B11

Bx874
-6659
P3
1810



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

NOS D. MANUEL IGNACIO GON-
ZALEZ DEL CAMPILLO, por la gracia
de Dios y de la Santa Sede Apos-
tólica Obispo de la Puebla de los
Angeles, del Consejo de S. M. &c.

A todos nuestros amados diocesanos,
salud y paz en nuestro Señor Je-
sucristo.

En una época tan calamitosa como la pre-
sente, lo que faltaba para colmo de nuestra des-
gracia era una revolución interior. Esta se ha
manifestado, según los papeles de la superioridad,
el día 15 del que acaba en el pueblo de los Dolo-
res, acaudillada por su cura Don Miguel Hidalgo
y los capitanes Don Ignacio Allende y Don Juan
Aldama. No hay expresiones con que significar
bastantemente la temeridad de una empresa tan de-
satinada, ni la gravedad de los excesos y atenta-
dos que han cometido contra sus paisanos y nues-
tros caros hermanos los españoles europeos. Esos
hijos desnaturalizados, degenerando de la humil-
dad, moderación, respeto a las autoridades cons-
tituidas, fidelidad y religión, que han caracteriza-
do hasta ahora a la nación americana; han levanta-
do el estandarte de la rebelión para manchar la

*

004811

reputacion de sus compatriotas y executar en ellos las mayores crueldades. Siguiendo los detestables principios de los franceses han saqueado los conventos, han profanado las Iglesias, han manchado sus manos en la sangre de los inocentes y han cometido las mayores torpezas.

Parece que sobre ellos ha descargado el Dios de las venganzas el mismo castigo con que afligió à Egipto por su obstinacion: *Yo haré (1), dice el Señor, que los egipcios se levanten contra los egipcios, que el hermano pelee contra el hermano, el amigo contra el amigo, la ciudad contra la ciudad y el reyno contra el reyno.* Ha derramado sobre ellos el (2) *espíritu de aturdimiento, que los hace andar con pasos vacilantes como el ébrio, que vomita lo que ha bebido.*

Pero confío en la misericordia infinita de Dios que no se ha de reproducir al pie de la letra en este reyno el exemplar de Egipto (3), *los príncipes no serán insensatos, ni perderán su antiguo valor.* Tenemos un digno Gefe, cuyos conocimientos profundos en el arte de la guerra, acreditado valor, actividad y zelo de que ya ha dado en nuestro continente los mas claros testimonios, nos aseguran la pronta dispersion de esa gavilla tumultuaria, que solamente ha podido reunirse por que la seducccion y la malicia han triunfado de la sencillez incauta.

Las crueldades de esos vandidos, que pro-

(1) Isai. cap. 19 v. 2.

(2) Ibid. v. 14.

(3) Ibid, v. 13.

metiendo felicidad, como Napoleon, no hacen mas que robar y saciar sus torpes apetitos; despertarán la atencion de todos y exáltarán sus nobles sentimientos de lealtad, patriotismo, amor y fidelidad à nuestro legítimo Soberano el Señor D. Fernando VII, en cuyo real nombre nos gobierna el Consejo de Regencia, à cuya obediencia nos hemos obligado por un juramento solemne.

Alerta pues, hijos míos, y no os dexéis engañar; firmes en los principios que habeis seguido por el espacio de casi tres siglos, resistid toda subversion y sed fieles, como hasta aquí, en cumplir vuestros juramentos. Sabed, que la revolucion no es obra de la razon; es hija del vicio, de la ambicion, de la mala fe, de la traicion y de todas las pasiones exáltadas; y que la acompañan el robo, la efusion de sangre, la lascivia y toda suerte de maldades. En ella las primeras víctimas que el vicio sacrifica al vicio, son los sediciosos; sin dexar por esto de padecer los inocentes. Así es, que el impedir la y precaverla es una causa comun en que todos debemos interesarnos con el mayor empeño.

¡Que cúmulo de males no vendria sobre nosotros si algunos mal aconsejados se dexaran seducir de las engañosas apariencias de otra constitucion diversa de la en que nos hallámos, y en la que, respetandose los sagrados derechos de propiedad y libertad individual, hémos disfrutado de las dulzuras de la paz! Entonces ¡desgraciados de nosotros! el fruto de nuestros largos trabajos y aplicacion pasaria, sin otro derecho que el de la

fuerza, à las manos de un ocioso disipado; vuestras caras esposas é hijas serian sacrificadas à la torpeza brutal de unos hombres indignos por su baja extraccion y por su perversa conducta; nuestros templos, à pretexto de gastos precisos, serian despojados de las alhajas y utensilios necesarios para el sagrado culto; los buenos viviriamos en nuestras casas llenos de sobresalto, esperando por momentos la muerte para ser víctimas de la religion y de la pátria antes que prestarnos à la complicidad de los tumultuarios; y éste hermoso reyno tan privilegiado por la naturaleza quedaria devastado y convertido en un yermo.

Si, hijos míos, éste seria el resultado inevitable de las locas pretensiones de esos necios, que intentan introducir en este precioso suelo la discordia. Lo pasado es leccion segura de lo futuro: leed la historia y hallareis la destruccion del Imperio romano en la lucha interior del pueblo contra el magistrado, del militar contra el senado, y de éste, dividido contra sí mismo. Hallareis que la hermosa Italia sufrió los mayores desastres y desolacion por el partido de los guelfos y gibelinos. Hallareis por último, que la Francia tan floreciente en el siglo anterior há sido enteramente arruinada. Las grandiosas basílicas, los magnificos edificios, las decoraciones públicas, los sabios profundos, los hombres beneméritos, los nobles, los poderosos y, lo mas sensible, la religion y la moralidad; todo há desaparecido. No hay en aquel reyno, que se llamó cristianísimo, ni Iglesias, ni altares, ni sacrificios, ni ministros; à la literatu-

ra há sucedido la barbarie; à la humanidad el vandalismo: las grandes poblaciones se han convertido en desiertos: los buenos, unos han emigrado, otros viven en la obscuridad y la miseria, llorando todos la destruccion de su amada pátria, que há sido presa de un infame advenedizo.

¿Y creís que ésta desolacion de un reyno tan rico y poderoso, verificada en pocos años, és obra del monstruo que la domina? No es sino de la segur exterminadora de la discordia. Esta és la que há causado esos horrorosos desastres, y la que debilitando las fuerzas interiores, abrió el camino para que subiese al trono un hombre detestable; de suerte, que la desventurada Francia mas debe su desgracia à las convulsiones interiores, que à la tirania del usurpador.

No és extraño quando la concordia és la que traba y enlaza las piedras que componen el edificio del estado; y así faltando aquella és preciso que éste se desplome y desmorone, como sucede à los edificios materiales quando les falta la mezcla. Por la union las cosas pequeñas se hacen grandes, y por la desunion las grandes se destruyen, dice el Padre San Gerónimo. Si se introduxera entre nosotros seria una calamidad mayor, que si Napoleon pusiera el pie en éste reyno con un ejército formidable. Unidos nosotros entonces resistiriamos su poder, como lo há resistido la España por mas de dos años, à pesar de la desigualdad de una lucha en que pelean por una parte ejércitos aguerridos, y por otra soldados bisoños:

por una, gentes armadas y prevenidas; y por otra, descuidadas y sin otras armas que su valor y denuedo: una parte ocupa las plazas fuertes; y la otra no opone mas que los pechos descubiertos: una hace la guerra por los principios de los ladrones; y la otra segun el derecho de gentes.

A pesar de estas desventajas, la generosa España no ha recibido el odioso yugo que se le ha querido imponer, ha conservado su libertad con asombro del orbe entero, y ha intimidado al tirano que la amenazaba con la misma cadena con que ha sugetado á los Reyes mas poderosos. Si buscáis la causa de este fenómeno político no encontrareis otra que la union de los invictos Españoles. Si entre ellos no hubiese reynado la union en amar al Rey, en crear un gobierno, en hacer sacrificios, en formar exércitos y en resistir la dominacion tiránica; sin embargo de su valor y esfuerzo ya hace días que estuvieran atados al carro de Napoleon.

¡Que dulce complacencia no le causaríamos á este mónstruo, á quien justamente aborrecemos, si la desavenencia llegára á poderarse de nosotros! Ya veria á la madre pátria privada de los auxilios que necesita para sostener la guerra, que el teme y no puede apagar, sino pasando por las humillaciones que resiste su carácter orgulloso. Veria allanado por nosotros mismos el camino que no se ha podido abrir por medio de sus emisarios, para hacerse dueño de nuestras ricas minas. Con este designio ha apurado él su talento tan fecundo en maquinaciones y astucias en sepa-

rarnos de la metrópoli, procurando por todos los arbitrios que le han sido posibles introducir entre nosotros la desunion.

Que un extraño venga á invadir nuestro suelo, y á destruir nuestra amada pátria, es sensible; pero que los mismos hijos despedacen el seno de su madre causándole la muerte, es una ingratitude que no hay voces con que explicarla, ni lágrimas con que llorarla. Y esto puntualmente es lo que hacen aquellos discolos, que por miras torcidas fomentan las divisiones y partidos. Son semejantes á Esau y Jacob, que luchando en el vientre de Rebeca su madre, le causaban tantas angustias, penas y dolores que no pudo menos que exclamar (4): *Si esto me habia de suceder para que fue concebir?* Con tan sentidas voces podia quejarse la América contra esos hijos ingratos que en el dia la afligen con sus facciones desastrosas.

No haya entre vosotros, hijos míos muy amados, esas luchas interiores: amémonos todos tiernameamente como hermanos que somos efectivamente y por unos vínculos mas dulces y mas estrechos, que los de la carne y la sangre. Estamos unidos por la fe que profesámos, y componemos un cuerpo místico que es la Iglesia de quien es cabeza Jesucristo. Formámos tambien un cuerpo civil que gobierna nuestro Soberano y en su real nombre el Supremo Consejo de Regencia, á quien hemos prometido obediencia y fidelidad. Sobre todo el

(4) Gen. cap. 25 v. 22.

10
vínculo de la caridad, que es el mas fuerte, debe unir nuestros corazones de suerte que todos sean uno.

En vista de estos íntimos enlaces ¿no es extraño que fieles marcados con el sagrado carácter del bautismo, vasallos de un mismo Rey, que forman una monarquía, habitan un mismo país, y tal vez una misma casa y tienen otras relaciones de interés, vivan desunidos en el espíritu formando partidos? No hay cosa mas detestable que las facciones, ni que mas degraden al hombre en el concepto de los sensatos. El hombre justo y racional no sigue otro partido que el de la razón y la justicia. Solamente el Americano perverso y maligno puede aborrecer al Europeo por la calidad de tal, y al revés. Estoy seguro que el Europeo bueno amará al Americano, y este á aquel. Sea, pues, de hoy en adelante este odio el carácter que distinga á los malos Europeos y Americanos, y su tierno amor y correspondencia la divisa de los buenos.

Nunca ha debido haber esta desunión; no por parte de los Americanos, porque estos deben á los Europeos el esplendor de su origen, la civilidad, las artes útiles, la instrucción y sobre todo la fe, que plantaron en este afortunado país aquellos primeros zelosos ministros del Evangelio, dignos de nuestro eterno reconocimiento, y que cultivaron despues con su exemplo y con su doctrina los grandes Obispos que venidos de la Península han gobernado la Iglesia Americana. Siento que la prontitud con que deseo hablaros no me permi-

11
ta haceros una exácta y menuda relacion de los beneficios que los españoles Europeos han hecho á la América, y que exigen de ella la mas tierna gratitud, para que así depusiesen los hijos de ésta toda preocupacion.

No por parte de los Europeos, porque estos deben mirar á la América en su actual estado, como la obra de sus manos; por que en ella viven con comodidad, disfrutando las delicias que proporciona la fertilidad de su suelo y la benignidad de su clima; por que con el comercio y laborio de sus minas hacen grandes caudales, y por que comunmente están enlazados con Americanos: relaciones interesantes que deberian alejar toda especie de rivalidad.

Pero en la presente época en que la América se ha declarado parte integrante de la Monarquía, que ha sido llamada en la persona de uno de sus mas dignos é ilustres hijos á exercer la Soberanía, y que ha sido convocada por primera vez á córtes: en la presente época, vuelvo á decir, en que la madre pátria ha recibido los mas claros testimonios de la fidelidad de la América, en la alegría con que ha celebrado sus triunfos, en la tristeza con que ha recibido la noticia de sus desgracias, en los quantiosos donativos que ha hecho para socorro de sus necesidades, en los continuos votos que ha dirigido al cielo implorando sus misericordias á favor de la España: en esta época finalmente, en que el verdadero interés de todos es uno, y consiste en rechazar la dominacion francesa; estar desavenidos, es una falta de

política, una imprudencia temeraria, una fatuidad, un.... no encuentro nombre propio que darle.

Depónganse las preocupaciones, parto de la debilidad de espíritu, de la ingratitud, ó de la ciega pasión: rómpase el muro que divide à la hija de la madre: no se oigan jamás los odiosos nombres de criollos y gachupines; seamos todos españoles, unos Europeos y otros Americanos; pero todos verdaderos Españoles, esto es ingenuos, sinceros, generosos, benéficos, leales y amantes de nuestros hermanos; apartemos de nuestro corazón la vil rencilla, la baxa emulacion y la perniciosa discordia.

Esto nos manda la ley santa que profesámos, cuyo espíritu es el de caridad, al que diametralmente se opone la discordia, de quien nace el odio (5), de este la venganza, la venganza engendra el desprecio de las leyes, con él se pierde el respeto à la justicia, se viene à las armas, se enciende una guerra civil y cae el estado, cuya permanencia estriva en la unidad. Así es que los antiguos para significar la discordia pintaban una muger que rasgaba sus vestidos. Así es que Dios aborrece hasta un grado que asusta al que la introduce entre sus hermanos. Leed el cap. 6. de los proverbios, y hallareis que los ojos altivos, la lengua falaz, las manos que derraman la sangre inocente, el corazón que forma negros designios, los pies prontos y ligeros para correr al mal y el falso testigo merecen el odio del Señor; pero à

(5) Saavedra Empresa 89.

aquel que siembra las disensiones entre los hermanos lo mira con un odio no como quiera, sino con detestacion: Et septimum detestatur anima ejus::: eum qui seminat inter fratres discordias.

He vivido entre vosotros, hijos míos, por mas de treinta y cinco años, y mi larga residencia en esta diócesis, y los destinos que he servido en ella, me han proporcionado conocer à fondo vuestro carácter dulce, amable y pacífico: vuestra docilidad, subordinacion, amor à los prelados y respeto à los jueces. Con este conocimiento nada he temido de vosotros en esta época, y me he atrevido à asegurar, tanto à la Suprema Junta Central, como al Consejo de Regencia, que en esta diócesis no habria la menor inquietud, porque una era la opinion de todos sus habitantes, unos los sentimientos, unos los deseos. Y despues de estas seguridades que he prestado por vosotros ¿me pondreis en ridiculo, haciéndome pasar por un hombre ligero que aventura infundados pronósticos? ¿A un Obispo que os ama tiernamente, que os desea todo bien, y que está pronto à derramar su sangre por vuestra salud, le causareis con una sedicion una mortal pesadumbre que acabaria inmediatamente con su vida? Lejos de mí toda desconfianza que os es injuriosa; yo espero que continuándome vuestro amor, de que he recibido todo género de pruebas, me deis la última en manteneros como hasta aquí, dóciles à mi voz, obedientes à las autoridades constituidas, fieles à nuestro Soberano y amantes à la pátria.

Y vosotros venerables párrocos, hermanos y

coadjutores míos, que sois mi único consuelo en las aflicciones y amarguras, que hacen la herencia de los Obispos: à vosotros me convierto particularmente. Vosotros, que me ayudáis à llevar la pesada carga, que abrumba mis débiles hombros, y habeis contribuido con vuestro exemplo y sana doctrina à mantener en quietud el rebaño que Dios puso à mi cuidado, redoblad vuestro zelo y vigilancia pastoral para que no entre algun lobo en vuestros apriscos, y altere la dulce paz que reyna en ellos. Vosotros sois los Angeles y ministros de ella, anunciadla en el pùlpito, en el confesonario y en las conversaciones familiares, como os lo tengo mandado. Si otro de vuestro carácter y profesion se ha levantado de en medio del santuario, y ha tocado el clarin de la sedicion y encendido la tea de la discordia; empeñaos vosotros en sufocar aquellas voces y en apagar ese fuego, para que no haya en la diócesis la menor combustion. Si por desgracia se dexase ver alguna chispa por ligera que sea, dadme aviso inmediatamente, como os he prevenido hace muchos dias, para trasladarlo à la Superioridad, y dictar las providencias que son propias de mi ministerio.

Exhorto con el mas vivo encarecimiento à todos mis diocesanos al cumplimiento exàcto de sus deberes para con Dios, para con los hombres, para con el estado y para con la pátria. Para con Dios, observando la ley santa que nos impone, manteniéndose en su religion adorable, que es el comercio establecido entre el cielo y la tierra por el qual recibimos gracias y no-

sotros le rendimos cultos: para con los hombres, amándolos, compadeciéndolos y prestándoles nuestros auxilios: para con el estado que vela sobre nuestra seguridad, procurando su conservacion, empleando nuestros talentos en su servicio y obedeciendo sus leyes: para con la pátria, haciéndola bien y contribuyendo à su libertad por quantos medios penden de nuestras facultades. El amor à la pátria, hijos míos, no es otra cosa que el amor al bien público: si este amor ardiera en el corazon de los ciudadanos, el estado seria una sola familia, como sucedia entre los romanos por esta virtud, y entre los primeros cristianos por la caridad.

Os hablo por último con el Apostol (6), rogandoos por el nombre de nuestro Señor Jesucristo que todos digais una misma cosa, y que no haya divisiones entre vosotros; antes sed perfectos en un mismo ánimo y en un mismo parecer. Os suplico, (7) que os conduzcais con la modestia y honestidad, que corresponde à la dignidad de hijos de Dios y de miembros de Jesucristo con que os ha honrado y distinguido; con humildad y mansedumbre, con paciencia sobrellevandoos unos à otros en caridad, solícitos en guardar la unidad del espíritu en vinculo de paz, que no se puede conservar donde reyna la soberbia, la ira, la impaciencia, el odio, ó la vil emulacion.

Dada en la ciudad de la Puebla de los An-

(6) Epist. 1. ad cor. cap. 1. V. 10.

(7) Epist. ad Ephes. cap. 4. V. 1, 2. & 3.

geles à treinta de Septiembre de mil ochocientos diez.

Manuel Ignacio Obispo de Puebla.

Por mandado de S. S. I. el Obispo mi Sr.

Dr. D. Francisco Pablo Vazquez.
Secretario.